

damento en los estudios de humanidades, a más de que todo no ha de reducirse a lo inmediatamente placentero y que, como decía Coppé, «es preciso guardar el rincón verde donde retoñen las flores de la imaginación que perfuman la vida y la embellecen.»

Por todo esto, y mucho más que en su mente lleva cada uno de nosotros y nos obliga a particular reconocimiento, ya que no sea posible la pompa de una manifestación como la de hace a penas un año, de una sonoridad que no registra semejante en los anales del profesorado colombiano, el agradecimiento y el amor, tanto más sinceros cuanto menos aparatosos, nos han congregado aquí a ofrecer en vuestro orfomástico la seguridad de una gratitud a prueba de todas lejanías y a presentaros votos muy fervientes que hacemos al Señor de los Señores, para que premie todavía la madurez de vuestros años con un florecimiento primaveral.

JULIO CÉSAR GARCIA

23 de octubre de 1916.

---

## UNA CONFERENCIA

EN GRIEGO MODERNO POR EL DOCTOR JOSEPH LOUIS  
PERRIER EN LA UNIVERSIDAD DE COLUMBIA

Nuestro sabio corresponsal y Colegial Honorario, don Joseph Louis Perrier, Ph. D., M. D., uno de los amigos más entusiastas y sinceros que favorecen al Colegio del Rosario con sus simpatías, pronunció una conferencia en la Universidad de Columbia, en griego moderno, sobre filosofía helénica. Un gran diario de la colonia griega en los Estados Unidos, Ἀτλαντὶς de Nueva York, la publicó íntegra, precedida de la siguiente introducción:

«Miembros importantes de la Universidad de Columbia han dictado en los últimos días conferencias filosóficas e históricas en la Facultad de Filosofía de esa célebre Universidad. Entre los oradores se cuenta el doctor Joseph L. Perrier, humanista, médico y profesor de lenguas modernas; bastante apreciado además en nuestra colonia como perito y amante de las cosas de los griegos. El señor Perrier escogió como tema de su discurso 'la Filosofía de la Escuela de Mileto,' y lo desarrolló con tal ciencia y tan ilustrado criterio, que fue vivamente aplaudido y felicitado por sus colegas y por todos los profesores y hombres de letras que componían la asamblea. Hoy nosotros, al honrar nuestras columnas con la obra del sabio amigo, le enviamos las congratulaciones más sinceras por el esmero y cuidado que tuvo al ejecutarla y por el perfecto conocimiento de que ha dado muestras en nuestra lengua y filosofía.»

La traducción que en seguida se leerá la ha preparado para la REVISTA DEL ROSARIO don José María Restrepo Millán, A. M., colegial de número y excatedrático de analogía latina en nuestras aulas.

#### LA FILOSOFIA DE LA ESCUELA DE MILETO

Dícese que en la tumba de Tales de Mileto fue grabada la siguiente inscripción:

«Ves que esta tumba es pequeña; acuérdate, sin embargo, de que la fama de Tales llega hasta los cielos.»

Veinticinco siglos han pasado desde la muerte de Tales, y con todo, su nombre resuena hasta los cielos lo mismo que el día de su muerte. Todos los cultivadores de la filosofía se agrupan hoy a su alrededor apenas comienzan sus estudios, y aprenden con asombro que «todo es agua,» πᾶν εἶναι ὕδωρ. Una frase incidental en la Metafísica de Aristóteles es en mucha parte lo que ha perpetuado la memoria del gran mile-

sio: «Tales, dice, el fundador de esta filosofía» (1).

¿Fue Tales, en verdad, el primer filósofo? ¿Fueron los griegos los primeros en estudiar la filosofía?

Preguntas son éstas que se han repetido varias veces y a las cuales siempre han tendido los hombres a dar respuesta negativa. Se ha dicho que Tales viajó por el Egipto, que allí recogió los secretos de los sacerdotes y que llevó luego a Mileto toda la filosofía de la corte de Faraón. Un gran escritor francés del pasado siglo sostiene que los conocimientos científicos de los antiguos eran infinitamente superiores a los nuestros, y que Pitágoras, recorriendo el Egipto seis siglos antes de nuestra era, aprendió allí todas las causas de los fenómenos de Venus. Contra esto, en los últimos cincuenta años, la ciencia de la lingüística ha demostrado sin lugar a duda que tal cosa no se puede asegurar. El haber descifrado los jeroglíficos egipcios y el estudio de los textos cuneiformes de la Asiria, han puesto en claro todos los misterios de la ciencia oriental, y nos han enseñado que en rigor no hubo verdaderos conocimientos científicos entre los pueblos del Levante.

¿Qué hallamos en el famoso papiro de Rhind, tan admirablemente traducido por Eisenlohr, hacia fines del siglo XIX? ¿Qué encontramos en tantos otros papiros que los importantes descubrimientos de Champollion nos han permitido leer? ¿Qué otra cosa, digo, sino reglas prácticas? Nada de teoría; nada de conclusiones verdaderamente científicas; nada por donde podamos entrever los principios de la teoría de Pitágoras sobre los números.

Y si volvemos la mirada hacia los demás pueblos orientales, idénticos resultados nos saldrán al encuentro a cada paso. Sin duda ninguna, estas naciones llevaron a cabo observaciones astronómicas; pero su astro-

(1) Θαλῆς μὲν ὁ τῆς τοιαύτης ἀρχηγὸς φιλοσοφίας.

nomía no pasó de ser una simple colección de hechos jamás relacionados entre sí por una teoría científica. Muy fácil les era observar que después de períodos, más o menos de diez y ocho años, los eclipses del sol y de la luna se repetían en el mismo orden y con intervalos casi iguales, pero nunca tuvieron la menor idea de una explicación teórica de la causa de estos fenómenos. Si la hubiesen tenido y comunicado a Tales y a sus discípulos, no veríamos a los griegos, desde Pitágoras hasta Aristarco de Samos, vacilar, cada vez más, en busca de explicación para los eclipses.

«Hay un milagro en la historia del mundo, dijo una vez Renan, y ese milagro es la antigua Grecia. Quinientos años antes de Jesucristo apareció sobre la tierra una civilización tan perfecta, que todo lo que la había precedido quedó como sumido en las tinieblas de la noche. Era el nacer de la razón y de la libertad.»

Por desgracia, las noticias que nos quedan acerca de esos labradores del pensamiento, son casi nulas. Sobre Tales no tenemos ni una sola letra, y es sabido, por otra parte, que él, lo mismo que su compatriota Sócrates, nada dejó escrito. Respecto de Anaximandro y Anaximenes a penas andan dispersas por ahí unas pocas frases. Y así, apoyados en base tan insuficiente, nos vemos precisados a reconstruir los sistemas filosóficos de los antiguos, a seguir casi a tientas la serie de sus observaciones y a descubrir el resumen o síntesis que se formaban de los conocimientos humanos. Naturalmente, en ese tan arduo trabajo debemos ir muy vigilantes y prevenidos contra los frecuentes errores y desvíos. Muy en guardia deben ponernos las muchas y diversas interpretaciones que han tratado de dar los historiadores y críticos de la cultura helénica, desde Aristóteles hasta John Burnet.

Con todo, traigo yo hoy el atrevido propósito de someter al ilustrado auditorio aquí reunido, algunas con-

sideraciones sobre la filosofía de la Escuela de Mileto.

Ante todo, tengamos en cuenta que Tales y los filósofos de su escuela más bien estudiaron la naturaleza que trataron cuestiones abstractas; Aristóteles los menciona precisamente como físicos y no como filósofos. Verdad es que en tiempo del Estagirita, la física no era lo que es hoy, según los conocimientos modernos; la física aristotélica era, más bien, lo que hoy pudiera llamarse «Filosofía de los entes físicos»; pero de todas maneras una inspección cuidadosa hará ver que Aristóteles la distinguía muy claramente de la metafísica (la filosofía prima). Este sencillísimo hecho muestra la frivolidad de las investigaciones sobre si Tales era o no ateo. Muchos historiadores lo acusan de tal; otros, apoyados en aquel pasaje de Cicerón: «*Thales milesius aquam dixit esse initium rerum; Deum autem eam mentem quae ex aqua cuncta fingeret*» (1), sostienen que semejante cargo carece por completo de fundamento. En verdad ninguna referencia hizo Tales a Dios, puesto que consideraba las cosas exclusivamente según la naturaleza. Euclides en sus *Elementos*, tampoco habló de Dios, sin que por eso llegara a merecer el reproche de ateísmo. Aristóteles tampoco ve a Dios ni como asunto de estudio de las ciencias físicas ni como opuesto a ellas. «Hay—dice—dos elementos en la naturaleza que pueden producir movimiento, uno de los cuales nunca descende al campo de la física, porque es Aquél que puede mover sin ser movido, el absolutamente inmutable, el primero de todos los seres. El otro es la forma esencial.»

Para comprender acertadamente la filosofía de Tales y sus discípulos debemos parar mientes en que los elementos de los antiguos jónios no eran las sustancias

(1) Tales de Mileto dijo que el agua era el principio de todas las cosas; empero que Dios era la mente que del agua lo había sacado todo.

precisas que la química designa hoy con los mismos nombres. Esta verdad ha sido ya reconocida en parte, aun cuando no sea sino en lo referente al aire. Burnet dice así: «El aire de que habla Anaximenes comprende muchas cosas que hoy no sería dado llamar por ese nombre. En su estado regular, cuando se le toma normalmente, es infinito y nada tiene que ver con nuestro *aire*; es de forma semejante (*ὁμοιόμορφος*) al aire que inspiramos y al hálito que expiramos, por lo cual se le llama *espíritu* o *soplo* (*πνεῦμα*). Por otra parte, la idea antigua que hallamos en Homero sobre que la niebla o el vapor son *aire* condensado, es la misma que renace en estos filósofos, sin duda ninguna.» Pero si exceptuamos el aire o si lo llamamos vapor, tendremos que convenir en que los historiadores de la filosofía han considerado siempre los elementos de los antiguos como idénticos a los cuerpos que en nuestra química se designan con las mismas denominaciones. Como prueba de esto citemos a uno de los más célebres comentadores de Aristóteles en los tiempos actuales, a Barthélemy Saint-Hillaire, quien en la introducción a la Física de Aristóteles nos dice que los elementos de los antiguos, tierra, agua, aire y fuego, no eran realmente elementos, ya que tres de ellos, a lo menos, son compuestos químicos.

Quien estudie con cuidado las obras de los filósofos griegos, se convencerá cada vez más de que por *agua* no entendían ellos precisamente la sustancia compuesta de hidrógeno y oxígeno, y que es convertida por el frío en hielo y por el calor en vapor. El aire no era esto que respiramos y que llena la atmósfera, ni era tampoco el vapor. En un sentido más amplio, daban el nombre de *agua* a todo líquido, y el de *aire* a todo cuerpo que se presentara en estado gaseoso.

Para demostrar mis afirmaciones me tomaré la libertad de aducir algunos pasajes entresacados de las obras

de Aristóteles, los cuales ponen muy bien de manifiesto ese amplio sentido de las palabras *aire* y *tierra*.

En su *Metafísica* nos enseña el Filósofo que el vocablo *provenir* (*ἐκ τινος εἶναι*) puede aplicarse a un objeto en relación con la materia de que se compone, y agrega en seguida que puede decirse de las cosas capaces de derretirse o fundirse (los fusibles, *τὰ τηκτά*) que vienen del agua y son agua, sencillamente como la estatua proviene del bronce y es bronce. El agua, pues, tiene para con los seres naturales la misma relación que el bronce para con la estatua; pero esos seres son los fusibles, tanto el hierro como el hielo, y en una palabra, el término *agua* se aplica a todo líquido. «Vemos que los elementos nacen unos de otros—dice en otro lugar—y por consiguiente, el mismo cuerpo no puede quedarse siempre fuego o tierra.»

Hé aquí un pasaje todavía más claro y más significativo: «En cuanto a los objetos de bronce, su materia propia es el bronce, considerada inmediata y definitivamente, pero de una manera general y absoluta, es sabido que esa materia es el agua, porque 'todo lo fusible es agua.' »

Esos pasajes muestran, sin lugar a duda, que el Estagirita y sus discípulos entendían por *agua* todo lo que puede disolverse o fundirse; en resumen todo lo capaz de liquidarse. De igual manera, fácil será demostrar que el vocablo *tierra*, en un sentido lato y general, significa toda materia sólida.

En el segundo libro de su obra *De Partibus Animalium* investiga Aristóteles la naturaleza y composición de la sangre animal y la causa de la coagulación de ésta. Desprovisto del microscopio y de todos los modernos instrumentos de la fisiología, no puede darnos sobre la coagulación una teoría acabada como la que encontramos al presente en cualquier manual de fisiología, y aunque incapaz de hallar los descubrimientos

con que Morawitz y Howel han enriquecido la ciencia de la vida y de las funciones orgánicas, a todas luces merece por sus laboriosos estudios ser considerado como precursor de los sabios modernos. Encuentra en la sangre dos principios, uno sólido y otro líquido, y en la coagulación sorprende y coge al vuelo, por decirlo así, la energía de la fibrina o parte fibrosa de la sangre, a la cual da el nombre de *tierra*: «Αἱ δ' ἱνες γῆς εἰσιν.» «Si de la sangre—prosigue el filósofo—quitamos la fibrina, el líquido restante no se coagulará por completo, tal como no se solidificará el resto acuoso que quedaría si suprimiéramos el polvo al barro,» por tanto, «αἱ ἱνες γῆς, la fibrina es tierra.»

Traduzcamos, pues, de hoy en adelante, tierra por cuerpo duro, agua por líquido y aire por gas, y así poseeremos la llave de la filosofía de la escuela de Mileto.

Estudiando los seres de la naturaleza llegó Tales a la conclusión de que todos pueden liquidarse; creyó que todos estaban al principio en estado líquido y que a ese mismo estado habrían de volver, y sentó como principio que todo era agua.

Anaximenes avanzó un paso más. Consideró que todos los líquidos pueden vaporizarse, y llegó a la conclusión de que el mundo había comenzado por encontrarse en estado gaseoso y a él podía volver, y sentó como principio que todo era aire.

Casi cien años después de la muerte de Tales hállase aún la Grecia espiritual del siglo sexto antes de Jesucristo en esa misma costa asiática, y casi en la misma ciudad en que yacían las cenizas de Tales nació otro filósofo, predestinado a ser el legítimo heredero de la escuela de Mileto. Siguiendo las huellas de Tales y de Anaximenes, Heráclito penetró todavía más y redujo el estado del mundo material y del aire a uno más tenue, más sutil, y lo llamó el *juego*. Enseñó que

el fuego había sido el elemento pristino del universo. Creyó firmemente que todas las fuerzas corpóreas, tanto las de los sólidos como las de los líquidos, podían reducirse a esotra, común y primordial. «El fuego vive en la muerte de la tierra—dijo—y el aire vive en la muerte del fuego, el agua en la muerte del aire y la tierra en la del agua.»

En la exposición de la filosofía de la escuela de Mileto apenas hemos pronunciado el nombre de Anaximandro. Los cultivadores de la filosofía extrañan que Aristóteles ni lo menciona en su concienzuda historia de las investigaciones y estudios precedentes, con que remata el primer libro de su *Metafísica*. Como es bien sabido, Aristóteles empieza en Tales, pasa luego a Anaximenes y, sin decir una palabra sobre Anaximandro, continúa con Heráclito, Empédocles y Anaxágoras.

La verdad es que Anaximandro, colocado entre los físicos Tales y Anaximenes, constituye, por decirlo así, un anacronismo. En tanto que Tales y Anaximenes volvían la mirada hacia lo material, lo concreto, Anaximandro introducía en la concepción del universo un nuevo principio, que no puede hallarse como residente en ninguna sustancia material. Su INFINITO (ἄπειρον) no es ni tierra, ni agua, ni aire. Es algo vago e indefinido que, como la materia prima de Aristóteles, puede ser informado y determinado por toda fuerza o energía y puede recibir cualquier naturaleza. Es ésta una ideología, una lucubración traída, por primera vez ahora, al dominio de la filosofía.

JOSEPH LOUIS PERRIER

